

Por qué sufrimos y para qué

Colaboración de *Edgardo Ubaldo GENTA*

¿Por qué existe el dolor? ¿Es fruto del mal o es un bien? En el mejor de los casos, si el dolor es bueno ¿cómo poder conciliar, precisamente cuando más sufrimos, la conciencia de su bondad con su desesperación de soportarlo? Y si somos criaturas de una providencia omnipotente, sabia, piadosa, paternal ¿por qué nos ha dado, aun con beneficio, la solución del tormento?

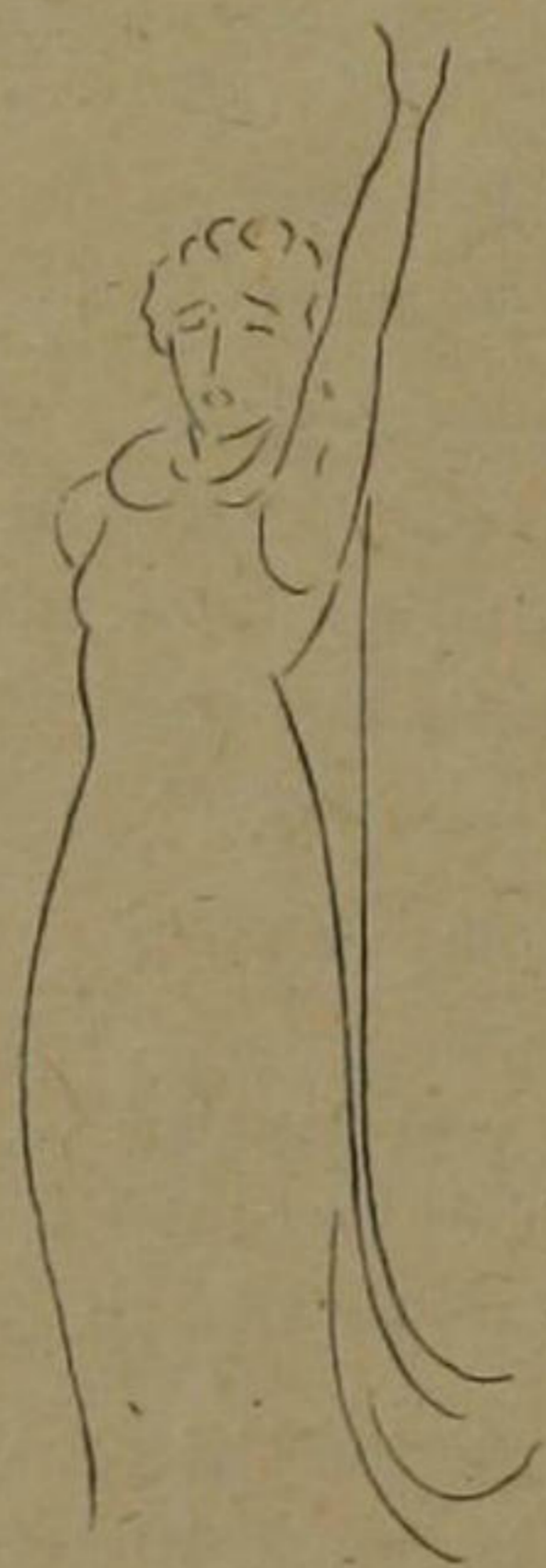
¡Preguntas! Interrogantes son de millones de almas que, mudas de pena o a gritos desgarradores, alzan los ojos internos en busca de una luz que los libre de una tiniebla poblada de horror. Y que nos formulamos los todavía dichosos, al recordar que la euforia del momento es sólo la antesala de un dolor que nos espera...

Mejor que decir con el Talmud: "Dios hace sufrir a los que ama", pensamos con Bacon que "es preferible no tener ninguna idea de Dios a tener una opinión indigna de él. "Y todavía, creemos con Byron, que "el dolor forma la mitad de Dios."

No hay duda que el autor está antes que la obra y que no hay obra sin creador. De modo que el Universo, prodigio de "alguien", ofrece al que lo observa de lo infinitamente grande al microcosmos, maravillas de exactitud, sabiduría, concierto y previsión. Pero toda esa plenitud en la naturaleza, desde la que juzgamos inerte a la más activa, se desarrolla, de lo íntimo a su totalidad, como un inmenso drama entre dos fuerzas antagónicas, una que procura crear, armonizar, perfeccionar; y otra que tiende a deformar, entorpecer y destruir todo lo creado. Todo, del infusorio al hombre y de la tierra al Cosmos, es campo de esa lucha, cuyo equilibrio es la existencia. El astrónomo, el físico, el biólogo son espectadores permanentes de fabulosas tragedias, no más escalofriantes en el astro que se inflama y aniquila que en los seres orgánicos que se devoran en cadena, como una fatalidad sin aparente justificación a los ojos del moralista. Y sólo aquella pugna de los dos principios esenciales logra explicar el espectáculo que nos pasma y sobrecoge. Porque todos, aun los que en el instante fugitivo parecemos disfrutar de salud y ataraxia, somos apenas árboles temblorosos con el hacha en el pie...

Entonces, nada se diría más cuestionable que la omnipotencia de la causa de esta vida que sufre. Aunque no su misericordia, por rigor de contrasentido, puesto que **crear es amar**. Por lo que a la idea de Byron sosteniendo que quien más sufre es el Creador, ha de reflejarse el padecer de toda creatura; de tal suerte que a los dolores de su lid titánica ha de sumarse todo el gigantesco dolor universal.

En cuanto a la omnipotencia, puede ser admitida no en el presente, sino en el ápice de la Historia, en trance de efectividad; lo que significa que el mal retrocede, de derrota en derrota y a pesar de sus éxitos efímeros; y con él la causa negadora, deformante, destructiva



que nos hace padecer. El fin del tiempo señalaría, por tanto, el último minuto del dolor y el primero de una felicidad ilimitable. De donde se comprende la sublime intuición y la esperanza de Schiller, en su "Oda a la Alegría":

¡Sufrid con valor, oh seres,
sufrid por un mundo nuevo!

El dolor entraña la evidencia de una contrariedad al propósito original, plasmado en arquitectura y movimiento. A cada ente, de acuerdo a su lugar en la escala de la vida, se le atribuyó un grado de posibilidades para reconocer y resistir el peligro que acecha o ataca su integridad, desde la simple irritación de los tejidos a la tristeza y la dolencia en los organismos superiores.

Es sorprendente la sabiduría que rige la defensa de los seres creados. En el reino mineral prima la rigidez contra la deformación. Pero como el propósito supremo es ir conquistando la máxima libertad con el mínimo de materia, se ve obligado a valerse de mil sutilezas en la medida que disminuye el rigor y aumenta la agilidad de la estructura. Al reino vegetal lo ampara con tensores, espinas, apoyos, corteza. Y al animal lo vuelve tanto más sensible cuanto lo eleva en exquisitez, gracia y sentido. Por último en el hombre se establece una relación prodigiosa entre la causa de la vida y la sensibilidad del efecto, que es el cuerpo humano. Y, todavía, entre la mente de cada hombre y el cuerpo universal, la naturaleza toda, a través de artificios, ahora creaciones del genio, que multiplican y orientan la sensibilidad al punto de poder medir desde la palpación del átomo al pulso de las constelaciones.

Pues bien; todo el arsenal de caparzones, garras, dientes y músculos; la agudeza de los sentidos y la infalibilidad del instinto, suficientes en los animales, de seguro obstarían la comprensión y vivacidad de nuestra especie, casi divina. Nos es necesario, hacia el exterior, un centinela muy sutil de los peligros que amenazan la maravilla de nuestro ser; y hacia adentro, un juez perfectamente justo de los errores que padecemos. Y si cuantos tienen sensibilidad, incluso las plantas, conocen el sufrir fisiológico, timbre de alarma entre los medios de defensa el baluarte que procura salvar de destrucción y muerte— sólo al hombre es da-